

La salvación prescrita

Stella María González Cicero

María Concepción Lugo, *Una literatura para salvar el alma. Nacimiento y ocaso del género, 1600-1760*, México, INAH (Col. Biblioteca del INAH), 2002.

De una literatura olvidada nos habla María Concepción Lugo en *Una literatura para salvar el alma. Nacimiento y ocaso del género, 1600-1760*, de un conjunto de obras al cual no duda en caracterizar como género auténtico, que surge en el contexto de una cristiandad amenazada con la fragmentación y cuya participación en el mantenimiento de la fortaleza de la Iglesia ella revaloriza.

Antes de entrar en el tema permítanme dedicar unas cuantas líneas al asunto del olvido, el cual, al tiempo que manifestación de una reorientación de los intereses es también sedimento de la memoria. En una paradoja que valdría la pena reflexionar en términos epistemológicos, con la evidente intención práctica de indagar sobre la conservación del patrimonio documental, el olvido es una acción de omisión en la que se manifiesta con crudeza la falibilidad del ser humano.

Aproximaciones etimológicas en las que busco significados. Leo en mi Larousse: Pienso inmediatamente que el cese de las pasiones en el largo discurrir de la vida de los hombres deja tras de sí, en el olvido, los instrumentos de que se valió para fortalecer sus desvaríos y sustentar la legitimidad de sus fervores. El objeto de la pasión, casi siempre más invención que realidad, permanecerá de algún modo en la memoria, sea como recuerdo, leyenda o misterio; se actualizará frecuentemente

a través del relato y, mientras existan auditores, sobrevivirá en el devenir de los tiempos como imagen que irá adquiriendo perfiles cada vez más difusos al punto de que, si esto fuera posible, el actor de la antigua pasión no la reconocería aun estando frente a ella.

Decía que la cuestión encerraba una paradoja y ésta es la siguiente: no hay memoria sin olvido. En la praxis de la conservación documental uno se percata casi de inmediato de que los testimonios que sobreviven del pasado han sido prohibidos por el olvido. En este sentido, y recurriendo a la metáfora, podríamos decir que en las arenas del olvido abandonan los hombres sus palabras. Pero nuestra labor como conservadores del patrimonio documental deber ser el evitar que el olvido se convierta en programa para la conservación de la memoria y garantizar el cuidado metódico, racional y sistemático de los documentos. Esto intenta la relación de los historiadores con sus fuentes.

Concepción Lugo nos habla en su muy bien documentada obra de las acciones emprendidas por los historiadores para rescatar de la polvorienta estantería los testimonios sobre la muerte, luego de que por mucho tiempo no se les atribuyera valor alguno. Entre el presente de su actualización y el presente de su producción se interpone, señala la autora, el abismo de la Ilustración, periodo que los propios historiadores que han usado los documentos relativos a la muerte "sufrida" y a la muerte "vívica", han caracterizado como de un progresivo asentamiento de la "desacralización" del mundo. La historiografía contemporánea ha

señalado, a su vez, que el largo proceso que conduce a la modernidad, concepto vinculado al de secularización, es un intenso *tour de force* con el más allá. Sea que entendamos la secularización como *ocaso de la religión*; como *conformidad con el mundo*, es decir mundanización, extensión y racionalización de la estructura jerárquica de la Iglesia; bien como *desacralización del mundo*; o *desinterés de la sociedad por la religión* (privatización de la religión); o bien como la *transposición de creencias y modelos de comportamiento de la esfera religiosa a la secular* (tesis de la *religión invisible*), sea cual sea nuestra posición al respecto, la revivificación de estas temáticas viene asociada a la indudable función compensadora que ejercen las ideologías en el fenómeno, característico de la modernidad, de la llamada "pérdida del sentido", manifiesta luego del poderoso efecto que las acciones de modernización ejercen sobre las *formas de vida* de la sociedad tradicional. Es en este sentido que algunos autores señalan la dificultad de los grupos humanos inmersos en la "experiencia de la modernidad" para resistir la "profanidad" del mundo, lo cual conduce de manera directa a formas de "desacralización" de la experiencia.

Uno de los mayores logros de la corriente historiográfica en la que la autora inscribe su trabajo, la llamada historia de las mentalidades, ha sido poner en evidencia la importancia que tuvieron las formas de la vida religiosa en la sociedad tradicional, previa a la aparición del abismo producido por la secularización. Si bien hoy el cristianismo es sólo una creencia entre muchas, en nues-

tro pasado era la mismísima atmósfera en la que los hombres vivían toda su vida, tanto privada como pública; del bautizo a la confesión última, su vida estaba regulada por los rituales y la liturgia, las fiestas y el tañir de las campanas. Pensar la sociedad tradicional al margen de la religión es no entender nada.

Toda crítica del proyecto de la modernidad no debe dejar de observar la importancia que, como bien señala Concepción Lugo, tuvo la búsqueda del bienestar social y económico como negación de los excesos y desviaciones, presentes en las manifestaciones de la vida religiosa. Es precisamente en el marco de la poderosa respuesta que la Iglesia católica da al reto de la reforma protestante, es decir, en la disposición espiritual que crea el concilio de Trento, en el que inscribe nuestra autora del periodo que corresponde a este género salvífico de los libros para el bien morir. La indicación previene el hecho de que el proceso reforma-secularización no es un fenómeno lineal y continuo, sino que es la manifestación de un acontecer más bien caracterizado por la discontinuidad; si pensamos que ya durante la Baja Edad Media comienzan a sonar voces que cuestionan los “abusos eclesiásticos” en el sentido más amplio de la palabra, entenderemos que la Reforma no es sino la consecuencia de un conjunto muy amplio de factores cuya causa radica en la disolución de los principios y estructuras fundamentales que soportaron la Edad Media en occidente. Trento es, pues, en buena media, el intento de contener la fragmentación de la cristiandad, pero también es el espacio de las disputas entre grupos de destacados sabios y eruditos de la época. Contra el humanismo se dirigen, por ejemplo, los esfuerzos para desterrar a la retórica ciceroniana restaurando la elocuencia cristiana de los apóstoles y la patrística. En este contexto

surge la importante figura de Carlos Borromeo, arzobispo de Milán y sobrino del papa Pío IV, el cual había reunido en torno a sí, en Roma, a un destacado grupo de jóvenes que formaron la Academia delle Notte Vaticane, y quien, ya como arzobispo, una vez que había alcanzado los más altos extremos de la devoción, fue el encargado de elaborar el *Catecismo Romano*, que se convierte en el escudo de la fe más importante de la Iglesia postridentina.

Para la iglesia católica Trento significó, mediante la revisión amplia de sus estructuras y fines como institución, la posibilidad de fortalecer su presencia en el mundo. La raíz escolástica, fortalecida por el tomismo, inspiró una teología dogmática que fue el fundamento de la moral y pastoral emprendida con suma preocupación por la jerarquía católica. Para ello, creó un auténtico programa de difusión de los principios emanados del concilio tridentino. La aportación de Borromeo fue trascendente pues su obra normó el contenido de la literatura que nos ocupa, debido a que, en dicha fuente, el *Catecismo Romano*, se reunía, dice Concepción, citando inmediatamente al arzobispo:

...la verdad para conservar la fe [...] amenazada en tiempos peligrosos por haber en la Iglesia de Dios hombres perversos y engañadores, quienes valiéndose del maligno ponen todo su esfuerzo por pervertir las almas inocentes como errores contrarios a la verdad Evangélica [...] [A los fieles] hay que darles aquellas cosas necesarias o en gran manera útiles para la salvación y que obedezcan los fieles al dicho del apóstol San Pablo: *No saber más de aquello que conviene* [...] El Santo Concilio dispuso que se compusiese una obra que abrazara toda aquella doctrina en que los fieles de-

ben ser instruidos [...] y que esté libre de todo peligro y error.

Los dogmas de la fe encontraron efectiva difusión en el conjunto de obras que circularon en Europa, las cuales se exportaron a la Nueva España. Se trató de catecismos, manuales de sacramentos, libros de confesión, sermones y meditaciones moralizantes, vidas de santos y otros libros piadosos, con los cuales los creyentes debían forjar su escudo en contra del extravío y la seducción del maligno, asimismo había manuales de oración, los mandamientos, los sumarios de indulgencias y guías de testadores. La defensa de la fe debía ser permanente y militante a diferencia de las consideraciones presentes en la Baja Edad Media, cuando se consideraba que el arrepentimiento final podía corregir una vida pecaminosa. Trento inauguró una época de ortodoxia en contra de la herejía y exigió de los fieles un compromiso completo. No bastaba con haber vivido una vida entre los justos, aun los últimos momentos de vida en el mundo debían ser aprovechados por el cristianismo para redactar sin apresuramiento su postrera voluntad en un testamento metódicamente elaborado, siguiendo las fórmulas espirituales y jurídicas establecidas. Una vida enmarcada en los sacramentos (bautizo, confirmación, confesión, matrimonio y extremaunción), fundada en el credo, apegada a los mandamientos, a las obras de la misericordia y volcada a la oración, era apenas la preparación de los soldados de Cristo para su tránsito a la vida eterna.

La ampliación de la esfera de control de la Iglesia al terreno de la subjetividad mediante la confesión, y el diseño de un programa escatológico que no escatimó en el uso de imágenes en ocasiones aterradoras, redujo las posibilidades de un ejercicio libre de la conciencia y garantizó una

gestión de la vida cristiana mediante el control de la muerte. Ante las puertas de la muerte no sería improbable que el cristiano haya tenido en la mente la imagen recreada por la imaginería medieval del purgatorio y el infierno, puesta a punto con una impresionante topografía que el mundo moderno no terminará nunca de admirar en la obra de Dante. Ante las puertas del infierno pudo haber visto las palabras grabadas

Por mí se va hasta la ciudad doliente

*por mí se va al eterno
por mí se va a la gente condenada*

La justicia movió a mi alto arquitecto.

*Hízome la divina potestad,
el saber sumo y el amor primero*

*Antes de mí no fue cosa creada
Sino lo eterno y duro eternamente.
Dejad los que aquí entráis, toda
esperanza.*

Imaginar pudo el doliente la sangre, el llanto, los profundos quejidos y las súplicas ante el suplicio. Tanto sufrimiento que condenaba a los hombres injustos debió haber

despertado en los creyentes el temor de Dios; con él de la mano, al igual que Dante del mantuano, pudo haber imaginado recibir la misma respuesta que el barquero Caronte die-ra al intruso visitante, como hombre justo que fue

*Por otra vía y otros puertos
a la playa has de ir, no por aquí;
mas leve leño tendrá que llevarte.*

Compleja, muy bien documentada y por tanto con una densidad a la altura del tema que aborda, *Una literatura para salvar el alma. Nacimiento y ocaso del género 1600-1760*, es un buen ejemplo de las empresas intelectuales que se acometen con la intención de hacer la revisión crítica de su objeto y que acaban convirtiéndose en verdaderos manuales por la presentación sistemática del tema. Compuesta de un modo circular, la aproximación al objeto de manera recurrente y cíclica va revelando en cada fase de contacto nuevos matices, nuevos aspectos de un objeto por demás interesante por su plenitud de implicaciones filosóficas y espirituales. Su lectura será recomendable para quien quiera tener una primera aproximación a la atmósfera espiritual

de la sociedad novohispana de los siglos XVII y XVIII, previos al advenimiento de la crítica ilustrada que, procedente de la metrópoli, pretendió erradicar muchos de los fundamentos de la vida social de entonces y que sólo muy escasamente logró conseguir. Concepción Lugo compare en su interpretación las visiones que adscriben el origen de nuestros comportamientos y actitudes frente al mundo en aquellos ya lejanos siglos. Si bien su estudio concluye en los umbrales de la modernidad, advierte la sobrevivencia de prácticas y mentalidades en la sociedad mexicana contemporánea, del mismo modo que bosqueja la mutación y sobrevivencia de algunos vestigios del género como la oración fúnebre, que de resaltar valores piadosos en la sociedad tradicional, pasa a exaltar los valores cívicos en el discurso político.

El libro de Concepción Lugo ilumina aspectos inéditos en la investigación historiográfica basada en fuentes documentales poco utilizadas y que, por esa condición, de manera colateral, pone en evidencia la necesidad de revalorar la riqueza, consistencia e historia de nuestro patrimonio bibliográfico y documental.

Sospechosos y disidentes. Otros gringos en México

Mónica Palma

Diana Anhalt, *A Gathering of Fugitives. American Political Expatriates in Mexico, 1948-1965*, Canadá, Archer Books, 2001.

Este libro relata la historia de un grupo de estadounidenses llegados

a México en los años inmediatamente posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial, y sobre los que la historiografía de la inmigración en México tenía escaso registro. A diferencia de otros grupos de inmigrantes, tales como el español —sobre el cual existe una abundante bibliografía—, el judío, el chino,

el libanés, o el francés, la historia de los norteamericanos¹ en el país no ha despertado demasiado interés entre los estudiosos del tema inmigratorio.

De acuerdo con una investigación realizada en 1994, de los 812 títulos de que disponía en esa fecha el estudio de la inmigración en México,